

Distinguidos colegas:

Quiero informar a la comunidad académica que mi libro, *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo* (México: Oak Editorial. Colección Estudios de Cultura Iberoamericana Colonial, 2000), ha sido objeto de plagio por el Sr. Guillermo Serés (Universidad Autónoma de Barcelona) en su artículo “La crónica de un testigo de vista: Bernal Díaz del Castillo”, que aparece en *Lecturas y ediciones de crónicas de Indias: Una propuesta interdisciplinar*, editado por Ignacio Arellano y Fermín del Pino Díaz, publicado por Iberoamericana-Vervuert en 2004, páginas 95-135. No sólo debe la concepción general de ese artículo mucho más a mi libro de lo que se reconoce en tres notas en pie de página, donde se me menciona *en passant*, sólo a partir de la página 104. Lo más grave es que el artículo de Serés no marca como citas una serie de pasajes míos.

Yo escribo: “como la segunda parte del *Quijote*, la *Historia verdadera* contiene en sí misma el juicio valorativo de sus primeros lectores. Sabiendo que él ha escrito una historia de la conquista de la Nueva España, dos licenciados le ruegan a Bernal que les preste el manuscrito para compararlo con las historias de Gómara e Illescas. Lo curioso es que el juicio de los dos licenciados se incorpora, por extenso, a las páginas de la *Historia verdadera*. La conversación entre los dos ‘sabios’ y el ‘idiota sin letras’ (CCXII, 891) gira en torno a la retórica y a la verdad. [...]. En este episodio de sorprendente autoconciencia, Bernal revela la poética de su historia. [...]. Al igual que en otras obras que se comentan a sí mismas, hay en este pasaje una certera ironía”(123-124).

En el primer párrafo de su artículo, Serés escribe: “tal como ocurre en la segunda parte del *Quijote*, la obra incluye una reflexión sobre sí misma y alberga la crítica de sus primeros lectores: dos licenciados que le ruegan les preste el manuscrito para cotejarlo con las historias de Gómara e Illescas. La opinión e interpretación, curiosamente, se incorpora a la narración a modo de diálogo entre dos sabios y un ‘idiota sin letras’, en torno al valor de la mimesis, la relación entre la verdad y la ficción, el papel de la retórica y otras cuestiones afines. [...]. En este pasaje (muy irónico, por otra parte), nos señala a grandes rasgos la poética de su historia...” (95-96).

Yo escribo: “El discurso mismo se describe de modo igualmente enigmático; la ‘historia’ es también ‘relación’, ‘cuento’, ‘materia’, ‘diálogo’, ‘plática’, ‘camino’ o incluso ‘calzada’” (97).

Serés escribe: “Tanto es así, que se referirá repetida y metaliterariamente al acto de escribir, a la escritura en sí y al discurso y sus peculiaridades, llamándolo de diversas maneras: ‘historia’, ‘relación’, ‘cuento’, ‘materia’, ‘diálogo’, ‘plática’, ‘camino’ e incluso ‘calzada’” (96).

Las ocho palabras de esta enumeración son, naturalmente, de Bernal, pero su selección y ordenación precisa, y el contexto del discurso en que se las pone, provienen de mi libro, sin que ello sea indicado por este autor. En esa misma página 96, Serés copia mi fórmula, “entre la humildad y la arrogancia”, para caracterizar la autoría de Bernal (p. 149 de mi libro, página en que además se parafrasea sin reconocerlo mi análisis de Carlos Fuentes). En esa página, Serés también se apropia del paralelo que establezco entre Bernal y Tucídides (p. 183 de mi libro). Hay numerosos otros ejemplos.

Yo escribo: “la originalidad de la *Historia verdadera* radica en la posibilidad de que cualquier asunto, incluso el más trivial, capture sorprendentemente la atención del lector. [...]. Las múltiples bifurcaciones de la narración, en vez de distanciar al lector, lo involucran sorprendentemente en una vertiginosa carrera en la que un recuerdo persigue al otro, sin que se aclare la importancia de cada detalle o la conexión de la intempestiva anécdota con el resto del capítulo” (112-113). “Cada anécdota, trivial o significativa, parece contener una historia compleja y prometedora” (135).

Serés escribe: “El lector tendrá que colaborar muy activamente, pues las constantes bifurcaciones del relato, en vez de distanciarle, lo involucran cada vez más, obligándole a memorizar detalles y recuerdos, nombres y situaciones. Entre otras cosas, porque cada anécdota, trivial o importante, parece contener un sentido profundo o prometedor, abrir expectativas narrativas interesantes en los siguientes capítulos” (96-97).

Yo escribo: “Al igual que la del *Quijote*, la originalidad genérica de la *Historia verdadera* se aprecia cuando miramos hacia el pasado y hacia el futuro. Si bien surge de una tradición y hoy se ubica en el centro de la literatura hispanoamericana, la desmesurada obra de Bernal no se acopla a ningún modelo textual previo ni abre tampoco una calzada cuya forma se reconozca en la escritura de las primeras generaciones que la siguieron” (138).

Serés escribe: “Al igual que el *Quijote*, su originalidad no se ajusta a ningún modelo previo ni tiene descendencia directa” (97).

Yo escribo: “Por esto, quizás, el capítulo más denso, hermoso y subyugador de la *Historia verdadera*, y acaso de cualquier otra crónica antigua, sin excepción, sea el Capítulo CCV, donde Bernal recuerda, uno por uno, los nombres y las vidas de cientos de soldados muertos” (68).

Serés escribe: “Por eso mismo, quizá el capítulo más bello sea el CCV, donde Bernal evoca, uno por uno, los nombres y las vidas de cientos de soldados muertos” (103).

Yo escribo: “Son tres las fórmulas en torno a las cuales se estructura lo que podríamos llamar el personaje de Bernal, y cada una de ellas opera de modo significativo en la escritura de las crónicas de Indias. La primera fórmula es el criterio de lo visto y lo vivido, es decir, la autoridad que se desprende del haber presenciado los hechos que se narran. La segunda es el tópico de la falsa modestia: el narrador intenta ganarse la benevolencia de los lectores. La tercera, el criterio de la fama de hechos y de hombres, convierte las acciones en paradigmas y asigna a la escritura el don de inmortalizarlas” (154-155).

Serés escribe: “Para ello utiliza tres fórmulas, siquiera coartadas: el criterio de lo visto y lo vivido, que le presta autoridad; el tópico de la falsa modestia para ganarse la benevolencia de los lectores, y el citado criterio de la fama, que convierte las acciones en paradigmas, inmortalizadas por la escritura” (104).

En la página 109, Serés pregunta: “¿Cómo dudar de quien recuerda tantas cosas y tan nimias?” En mi libro se encuentra la misma pregunta: “¿Cómo dudar de quien recuerda tantas cosas tan mínimas?” (193).

La comunidad académica queda advertida y podrá encontrar otros ejemplos y descubrir el origen, ya que no la originalidad, de las palabras de Serés.

Tres definiciones de plagio, todas pertinentes, se pueden encontrar en:

<http://hmn.us/articles/514.html>

Verónica Cortínez
Professor
Department of Spanish and Portuguese
University of California, Los Angeles
Los Angeles, California 90095